

el intrépido tarasconense esperaba todavía un momento, paseándose arriba y abajo delante de la puerta, y, por fin, cansado de esperar y convencido ya de que *ellos* no se presentarían, echaba en la oscuridad una postrer mirada de desafío, y murmuraba iracundo:

—“¡Nada!... ¡Nada!... ¡Siempnada!...”

Y entraba en el Círculo á jugar su partida con el comandante.



VI

LOS DOS TARTARIN

CON tan marcado afán de aventuras; con tanta necesidad de emociones fuertes; con una verdadera pasión por los viajes, ¿cómo era que Tartarin no se había ausentado alguna vez de su país?

Porque es un hecho plenamente comprobado que hasta los cuarenta y cinco años el valeroso tarasconense no había traspasado los límites de la ciudad que le vio nacer.

Ni siquiera había ido á Marsella , cosa que todo buen provenzal hace en cuanto llega á su mayor edad.

Apenas si conocía á Beaucaire , y , sin embargo , no está lejos de Tarascón, puesto que para ir allá basta con pasar el puente, un puente largo, es verdad, más largo que un día sin pan, y frágil hasta el punto de haber sido en más de una ocasión arrastrado por las aguas ; pero nuestro hombre no le había atravesado nunca. No se presentó jamás la necesidad de hacerlo, y la prudencia , como él decía , es compañera inseparable de los valientes.

A pesar de lo endeble de aquel puente y de lo inseguro que estaba , Tartarin lo hubiera mil veces atravesado corriendo, si menester fuese, porque no se tenía por cobarde, y sí por previsor y precavido. Se sentía capaz de alcanzar la meta del héroe, mas no la del temerario, que obra sin razón justificante y sin examen detenido de las cosas y de las circunstancias, según la fuerza intelectual de cada uno.

Sin embargo , como no siempre el hé-

roísmo se asienta en un espíritu sereno y reflexivo; como los arranques del héroe obedecen en determinados casos á los impulsos de la pasión, del sentimiento y de la superioridad de sus enemigos, ¿á qué causa se debería que en nuestro buen Tartarin no sucediese jamás eso; antes bien, que procediese con calma siempre, y no obrase sino después de darse cuenta clara de sus determinaciones?

Ni la vanidad, ni el orgullo, ni el temor al ridículo, que sabido es ciegan á los hombres y los lanzan á la realización de empresas ó de actos de los que luego han de arrepentirse, obraban de lleno y de repente en su ser, sorprendiendo ó apoderándose de su voluntad , sino que provocaban en su alma cierta lucha y daban lugar á dudas y vacilaciones, hasta el punto de haberse expuesto más de una vez á perder su reputación.

¿De qué medios nos habremos de valer para explicar semejante fenómeno , que determinaba el carácter especialísimo del valiente tarasconense, del célebre Tartarin de Tarascón?

Preciso es convenir en que había en él dos naturalezas muy distintas, contrarias, diametralmente opuestas.

“Siento dos hombres en mí,” dijo no sé qué Padre de la Iglesia; y esto era lo que con verdad pudiera asegurarse, tratándose de Tartarin.

El gran tarasconense, como convendrán en ello cuantos conozcan su historia, llevaba en sí el alma de Don Quijote, los mismos rasgos caballerescos, su mismo ideal heroico, idéntica locura por lo novelesco y lo grandioso; pero desgraciadamente no tenía el cuerpo del célebre hidalgo, aquel cuerpo huesoso y delgado, casi transparente, un escrúpulo de cuerpo, en fin, en el que tan poca presa hacía la vida material, capaz de pasar veinte noches seguidas sin desabrochar su coraza, y cuarenta y ocho horas con un puñadito de arroz por todo alimento... El cuerpo de Tartarin, por el contrario, era soberbio, grueso, pesado, muy sensual, asaz delicado, en gran manera quejumbroso, lleno de apetitos de todo género, y amante de la comodidad; en una palabra, el cuerpo barrigudo y

corto sobre robustas piernas del inmortal Sancho Panza.

¡Don Quijote y su escudero en un mismo hombre!

Compréndese, desde luego, el mal consorcio que deberían hacer.

¡Cuántos combates! ¡Cuántas reyertas!...

¡Qué gracioso diálogo podría escribirse entre los dos Tartarin: el Tartarin-Quijote y el Tartarin-Sancho!

Tartarin-Quijote, exaltándose con las novelas de Gustavo Aymard y gritando:

—“¡Yo parto!”

Tartarin-Sancho no pensando más que en el reuma, diciendo:

—“¡Me quedo!”

TARTARIN-QUIJOTE, *muy entusiasmado*:

—Cúbrete de gloria, Tartarin.

TARTARIN-SANCHO, *con mucha calma*:

—Tartarin, vístete de franela.

TARTARIN-QUIJOTE, *cada vez más excitado*:

—¡Oh, los buenos rifles de dos cañones!

¡Oh, las dagas, los lazos, los trabucos!

TARTARIN-SANCHO, *con más cachaza aún*:

—¡Oh, qué buenos los chalecos de lana,

las buenas calzas, muy calentitas, y las gorras con orejeras!

TARTARIN-QUIJOTE, *fuera de sí*:

— ¡Un hacha, que me den un hacha!

TARTARIN-SANCHO, *llamando á la criada*:

— ¡Juanita, mi chocolate!

Y la muchacha aparece con un excelente soconusco caliente, perfumado y acompañado de succulentas tostadas, que hacen reír á Tartarin-Sancho y ahogan los gritos de Tartarin-Quijote.

Y he aquí por qué Tartarin de Tarascón no había salido nunca de su ciudad natal.



VII

LOS EUROPEOS EN SHANG-HAI

EL ALTO COMERCIO. — LOS TÁRTAROS. — ¿SERÍA UN IMPOSTOR TARTARIN DE TARASCÓN? — EL ESPEJISMO.

Poco faltó, sin embargo, cierto día para que Tartarin se dispusiera á emprender un largo viaje.

Los tres hermanos Garcio-Camus, tarasconenses establecidos en Shang-Hai, le ofrecieron la dirección de una de sus casas mercantiles.

¡Aquella sí que era la vida que necesitaba, la más adaptable á sus aficiones, á sus deseos y á su carácter!

Negocios considerables, una muchedumbre de dependientes que gobernar, relaciones con Rusia, Persia, Turquía Asiática; el alto comercio, en fin.

En boca de Tartarin, la frase "alto comercio," parecía tan grande... Y sobre todo, halagábale mucho el ir allá á sostener su preponderancia, á hacer palpable su superioridad, á tener á raya á los mercaderes turcos, persas y rusos, imponiéndoseles por su hidalguía, por su potente brazo y por la alteza de su proceder...

Dicho viaje daba á Tartarin gran concepto entre sus convecinos y gran realce á la vez, porque sabían que la casa Garcio-Camus recibía cuando menos lo esperaba la visita de los tártaros, y era de ver cómo se cerraban apresuradamente las puertas, cómo los dependientes se armaban, con qué ligereza se izaba la bandera consular y cómo la emprendían á tiros por las ventanas con tan molestos visitantes.

No hay para qué hablar del entusiasmo que Tartarin-Quijote experimentó al hacersele la proposición de encargarse de una casa que le daba ocasión de realizar sus ideales; pero, por desgracia, Tartarin-Sancho no se conformaba así como se quiera, y siendo el más fuerte, el negocio no se arregló.

Hablaron mucho de ello en toda la ciudad.

—¿Partirá?...

—¿No partirá?...

—Apostemos á que sí, decían unos.

—Apostemos á que no, replicaban otros.

Fué todo un acontecimiento... Y en las calles como en las tiendas, en las casas y en el paseo, en el Casino del mismo modo que en la iglesia, no se hablaba de otra cosa.

La figura de Tartarin se agrandaba.

Por último, no se marchó; pero todo aquello redundó en honra suya, pues para Tarascón era lo mismo que su héroe estuviera á punto de ir á Shang-Hai, que haber ido de verdad.

Con tanto ocuparse de aquel viaje, los

tarasconenses concluyeron por creer que Tartarin había vuelto ya, y por la noche en el Círculo le pedían detalles acerca de la vida que se hacía en aquel país, de sus costumbres, de su clima, del opio y del "alto comercio".

Nuestro hombre, perfectamente enterado, daba con mucho gusto los informes que le pedían, y de seguro que andando el tiempo se figuró realmente haber estado allí, porque, contando por centésima vez los episodios á que diera lugar una de las visitas de los tártaros á la casa de los comerciantes Garcio-Camus en Shang-Hai, llegó á decir con mucha naturalidad: "Entonces *mandé* que todos los dependientes tomaran las armas; *tzé* la bandera consular, y... ¡pim, pam, pum! por las ventanas *tirábamos* sobre aquellos salvajes,..."

Al oír este relato, los socios del Círculo se estremecían...

—¡Pero, entonces, el tal Tartarin no era más que un espantoso embustero!

—¡No, no, y mil veces no! Tartarin no era un embustero.

—No lo sería; pero el caso es que él

debía saber perfectamente que nunca había ido á Shang-Hai.

—¡Claro está que lo sabía! Solamente que...

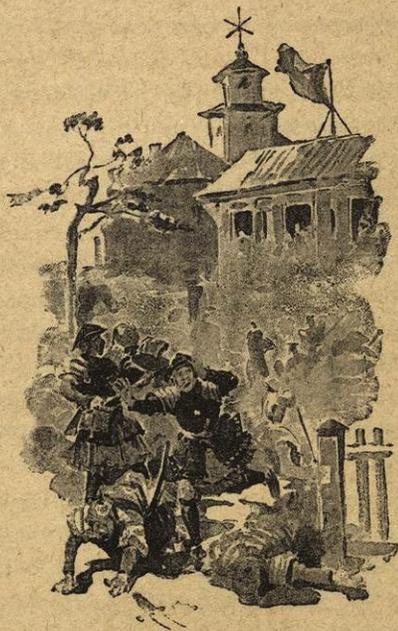
Solamente que... escuchad bien lo que voy á decir.

Es preciso de una vez, y para siempre, saber á qué atenerse con respecto á la reputación de mentirosos que la gente del Norte han formado alrededor de las gentes meridionales.

No hay embusteros en el Mediodía; lo mismo en Marsella que en Nimes, en Tolosa que en Tarascón... el hombre del Mediodía no miente: se engaña. No siempre dice la verdad, mas cree decir-la... Su mentira especial, no es mentira, es una especie de espejismo...

¡Sí, espejismo! Y para comprender bien lo que digo, visitad el Mediodía, y veréis. Veréis ese demonio de país, donde el sol transfigura todo, agrandando el natural. Veréis esas pequeñas colinas de Provenza, no más altas que el cerrillo de Montmartre, y os parecerán gigantescas; veréis la Casa Cuadrada de Nimes, pequeño juguete de los que se

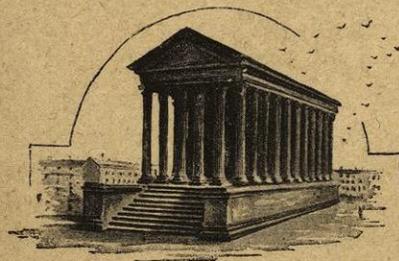
colocan sobre un mueble, y os parecerá tan grande como Nuestra Señora de París; veréis, veréis... ¡Ah! El único em-

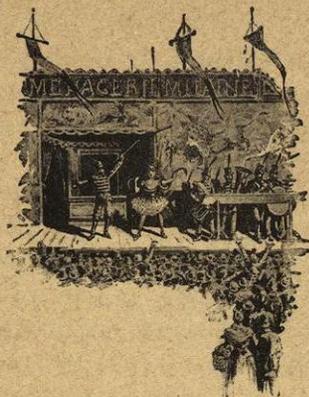


bustero del Sur, si existe algún embustero, es el sol... Exagera cuanto toca, cuanto baña, cuanto envuelve con sus dorados rayos. ¿Qué era Esparta en los

tiempos de su esplendor? Una barriada. ¿Qué era Atenas, la grande Atenas? A lo más, un subgobierno, enclavado en una provincia. Y sin embargo, en la Historia aparecen como inmensas ciudades, como villas colosales, como capitales enormes. He ahí lo que ha hecho el sol: esa es su obra.

¿Os admiraréis ahora, después de lo dicho, de que ese mismo sol, cayendo de igual manera en Tarascón, haya podido hacer de un antiguo oficial 1.º de Administración militar, como Bravida, el bravo comandante Bravida; de un nabo, un baobab; de un hombre, en fin, que estuvo para ir á Shang-Hai, un hombre que en realidad había estado?





VIII

LAS FIERAS DE MITAINE

UN LEÓN DEL ATLAS EN TARASCÓN.—TERRIBLE
Y SOLEMNE ENTREVISTA

Y ahora que hemos mostrado á Tartarín de Tarascón en su vida privada, antes de que la gloria hubiese ceñido sus sienas con el simbólico laurel; ahora que hemos dado á conocer su carácter heroico, desenvolviéndose en una esfera de

acción modesta; sus alegrías, sus dolores, sus sueños y sus esperanzas, apresurémonos á llegar á las grandes páginas de su historia y al singular acontecimiento de su incomparable destino.

Una tarde, en casa del armero Costecalde, Tartarin de Tarascón estaba explicando á algunos aficionados el manejo del fusil de aguja, nueva invención de aquella época, cuando de repente la puerta se abre y un cazador de gorras se precipita todo asustado en la tienda gritando:

—¡Un león!... ¡Un león!

Estupefacción general.

Tartarin cala la bayoneta, y Costecalde corre á cerrar la puerta.

Rodean al cazador, le interrogan, y llegan á saber que la casa de fieras ambulante de Mitaine, después de la feria de Beaucaire, pasaría algún tiempo en Tarascón; que acababa de instalarse en la plaza del Castillo, y que la colección contenía unas cuantas serpientes boas, algunas focas, cocodrilos y un magnífico león del Atlas.

¡Un león del Atlas en Tarascón!

Jamás se había visto tal cosa, y nuestros valientes cazadores se miraban con orgullo. ¡Qué radiantes estaban todas las viriles caras, y qué buenos apretones de manos se daban en silencio, felicitándose mutuamente por aquel acontecimiento!

La emoción que experimentaban era tan grande, tan imprevista, que nadie, ni siquiera Tartarin, encontraba palabra á propósito para expresar tamaño goce.

Nuestro héroe reflexionaba, permaneciendo de pie al lado del mostrador... ¡Un león del Atlas ahí cerca, á dos pasos!... ¡Un león!... ¡Voto val!... Es decir, el animal más valiente de la creación, el rey de las fieras, la caza de mis sueños...

Pálido y estremeciéndose, con el fusil de aguja todavía entre sus manos, meditaba, viendo en su calenturienta fantasía mil cuadros dramáticos en confuso tropel. De pronto, una oleada de sangre subió á su cabeza, apareciendo iluminado su semblante con expresión tan heroica como extraña. Sus ojos echaban chispas. Con ademán convulsivo se echó

al hombro el fusil de aguja, y volviéndose al bravo comandante Bravida, capitán retirado de las provisiones de Tarascón, le dijo con voz de trueno:

—Vamos á ver eso, comandante.

—¡Eh, eh! Mi fusil de aguja, ¿para qué lo lleváis? murmuró tímidamente el prudente armero Costecalde.

Pero Tartarin había ya vuelto la esquina, y tras él marchaba el grupo de cazadores de gorras, siguiendo marcialmente los pasos del jefe.

Cuando llegaron al barracón, ya había dentro mucha gente. La raza heroica de los tarasconenses, privada hacía mucho tiempo de espectáculos semejantes, de sensaciones fuertes, se había lanzado al campamento fiero, tomándolo por asalto.

La dueña, la señora Mitaine, estaba contentísima. Vestía traje de fantasía, mitad del desierto, mitad del teatro. En los brazos, desnudos, ostentaba brazaletes de hierro; una fusta en una mano, en la otra, un pollo vivo, aunque ya desplumado. Con aire radiante de cortesía y de satisfacción, hacía los honores de su casa de fieras. Y como también ella

tenía *músculos dobles*, su éxito era tan grande entre los espectadores como el que producían sus ilustres huéspedes, encerrados en jaulas más ó menos fuertes, según el inquilino de cada habitación.

La entrada de Tartarin con el fusil al hombro, dejó frío al público.

Todos aquellos valientes hijos de Tarascón, que se paseaban tranquilamente ante las jaulas, sin asomo de desconfianza un momento antes, sin sospechar siquiera que pudiesen estar al borde de un abismo, al lado de un peligro inmenso, experimentaron una sensación interna de terror, tuvieron conciencia de la gravedad de aquella situación al ver á su gran Tartarin entrar en la barraca con aquel apresto de guerra. Sin duda que allí había algo grave que temer cuando el héroe...

En un abrir y cerrar de ojos, la delantera de las jaulas se vió desierta. Todos cejaron, buscando los sitios más distantes de las rejas. Los niños gritaron horrorizados; las mujeres miraban dónde estaba la salida.

El farmacéutico Bezuquet se escurrió diciendo que iba á buscar su escopeta...

Poco á poco, no obstante, la actitud de Tartarin tranquilizó los ánimos.

Con la cabeza erguida, el intrépido tarasconense pasó sin detenerse por delante del baño de la foca, miró con desdén un gran cajón lleno de salvado, en que la boa digería un pollo crudo, y se plantó por fin delante de la jaula del león.

¡Un león... y del Atlas!

¡Terrible y solemne entrevista.

El león de Tarascón y el del Atlas, enfrente uno de otro... De un lado, Tartarin, de pie, con una pierna extendida, ambos brazos apoyados en su rifle; del otro, el león, un león enorme, echado en la paja, con los ojos medio cerrados, adormecido, con su enorme hocico apoyado en sus manos.... ¡ambos serenos y mirándose!

¡Cosa singular!

El león, que hasta entonces había mirado á los tarasconenses con aire de soberano desprecio, bostezando delante de

ellos, tuvo de repente un movimiento de cólera...

¿Habría olfateado á algún enemigo de su raza?

Primero dió un resoplido, rugió sordamente, movió sus garras, y se estiró; después se levantó, alzó la cabeza, sacudió su melena, abrió su inmensa boca y lanzó á Tartarin un formidable rugido.

Un grito de terror le respondió, y todos los tarasconenses, mujeres, niños, mozos de cuerda, cazadores de gorras, y hasta el bravo comandante Bravida, se precipitaron hacia la puerta...

Sólo Tartarin de Tarascón no se movió...

Permaneció allí, firme y resuelto, delante de la jaula, echando relámpagos su mirada, y con la cara feroz que todos le conocían...

Cuando, pasado un instante, los cazadores de gorras, que asustados habían huído, volvieron y se hallaron algo tranquilizados por la solidez de los barrotes de la jaula, se acercaron á su jefe y le oyeron murmurar mirando al león:

—¡Esa sí que debe ser una magnífica cacería!

Aquel día, Tartarin de Tarascón no pronunció una palabra más.

